

El cuidado esencial: Una propuesta ética de actualidad*

Tomás Sánchez Amaya Ph. D.**

Recibido: 26 de febrero de 2013 Aprobado: 21 de abril de 2013

Quaestiones Disputatae | Tunja - Colombia | N° 12 | pp. 31 - 46 | Enero - Junio | 2013

Resumen: Este ejercicio académico se orienta al análisis de algunas concepciones de ética del cuidado centrando la atención en la propuesta del cuidado esencial fundamentada en el pathos, como nueva plataforma del ethos humano y planetario que sugiere un retorno al principio, al cuidado, que para Higinio, es el elemento antecesor y fundador de la existencia humana.

La apuesta por una ética del cuidado esencial permite indagar sobre nosotros mismos, nuestras circunstancias y nuestro entorno; y desde esta perspectiva de autorreferenciación, posibilitará la reorientación de

los pensamientos y las acciones –tanto a nivel individual como colectivo– hacia la práctica del cuidado, del afecto, de la responsabilidad, del amor, de la ternura, de la compasión..., sobre cada uno de nosotros, en particular, sobre los demás y sobre nuestra casa común, la tierra; pues, a todas luces y en todos los órdenes sociales, parece evidenciarse que en nuestro país y en el mundo en general, dadas las condiciones actuales, como reza el bambuco, “ahora las cosas andan de mal en peor”.

Palabras clave: ética, cuidado esencial, ética del cuidado, pathos, valores.

* Artículo de Reflexión desarrollado en el marco del proceso de formación doctoral, del doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales-CINDE, Línea de Investigación: Desarrollo Moral.

** Licenciado en Filosofía e Historia, Especialista en Educación y Filosofía Colombiana, Magister en Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás; Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, de la Universidad de Manizales-CINDE; Posdoctor en Narrativa y Ciencia de la Universidad Santo Tomás en Convenio con la Universidad Nacional de Córdoba-Argentina. Docente de Planta de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Facultad de Ciencias y Educación. Coordinador Proyecto Académico de Investigación y Extensión de Pedagogía-PAIEP. Correo Electrónico: tas@etb.net.co; tosam64@msn.com; tosamay@gmail.com.

Essential care: An ethical proposal of the present day*

Tomás Sánchez Amaya Ph. D.**

Received: February 26, 2013 Approved: April 21, 2013

Quaestiones Disputatae | Tunja - Colombia | N° 12 | pp. 31 - 46 | January - June | 2013

Abstract: This academic exercise aims to analyze some conceptions of ethics of care focusing the attention on the essential care proposal which is based on the pathos, as a new platform of human and planetary ethos that suggests a return to the beginning, the care that according to Hyginus is the predecessor element and founder of human existence. The commitment to an essential ethics of care lets us inquire about ourselves, our circumstances and our surroundings, and from this self-reference perspective will enable the redirection of thoughts

and actions, both individually and collectively towards the practice of care, affection, responsibility, love, tenderness, compassion ... on each of us, in particular, on others and on our common home, the earth, because, clearly, at all social levels, it seems evident that in our country and the world in general, given the current conditions, as stated in the bambuco folk lyrics: “now things are going from bad to worse.”

Keywords: Ethics, Essential Care, Ethics of care, Pathos, Values.

* Reflection article developed in the framework of the doctoral education. Doctoral program in Social Sciences, Childhood and Youth from University of Manizales-CINDE, Research Line: Moral Development

** He holds a Bachelor's degree in Philosophy and History, Specialist in Education and Colombian Philosophy, he holds a Master's degree in Latin American Philosophy from Santo Tomás University, PhD. in Social Sciences, Childhood and Youth from University of Manizales-CINDE; he holds Postdoctoral studies in Narrative and Science from Santo Tomás University in agreement with the National University of Córdoba, Argentina. He is a full time Teacher at Francisco José de Caldas University, Faculty of Sciences of Education. Coordinator of the Academic Project of Research and Educational Extension-PAIEP. Email: tas@etb.net.co; tosam64@msn.com; tosamay@gmail.com.

Le soin essentiel : Une Proposition Éthique d'Actualité*

Tomás Sánchez Amaya Ph. D.**

Reçu: 26 février 2013 Approuvé: 21 avril 2013

Quaestiones Disputatae | Tunja - Colombia | N° 12 | pp. 31 - 46 | Janvier - Juin | 2013

Résumé: Cet exercice académique s'oriente vers l'analyse de quelques conceptions d'éthique du soin attirant l'attention dans la proposition du soin essentiel fondée sur le pathos, comme une nouvelle plateforme de l'ethos humain et planétaire dans lequel il suggère un retour au principe, au soin, ce qui pour Higinio, c'est l'élément prédécesseur et fondateur de l'existence humaine. Le pari pour une éthique du soin permet de rechercher sur nous-mêmes, nos circonstances et notre environnement; et dès cette perspective d'auto-référence, elle aura la possibilité de la reorientation des pensées et des actions- tant au

niveau individuel que collectif- vers la pratique du soin, de l'effet, de la responsabilité, de l'amour, de la tendresse, de la compassion... , sur chacun de nous en particulier, sur les autres et notre foyer en commun, la terre; donc dans tous les aspects et dans tous les domaines sociaux, il semble être évident que dans notre pays et dans le monde en général, les conditions actuelles, selon le bambuco, " maintenant les choses vont de pire en pire"

Mot clefs: éthique, soin, essentiel, éthique du soin, pathos, valeurs.

* Article de réflexion.

** Licencié en Philosophie et Histoire, spécialiste en Éducation et Philosophie Colombienne, Magister en Philosophie Latino-Américaine de l'Université Santo Tomás; Docteur en Sciences Sociales, enfance et jeunesse de l'Université de Manizales-CINDE; Post-docteur en Narratologie et Science de l'Université Santo Tomás en lien avec l'Université Nationale de Cordoba- Argentine. Professeur à temps plein de l'Université Distrital Francisco José de Caldas, Faculté de Sciences et Éducation. Coordinateur du projet académique et de recherche de Pédagogie-PAIEP. Courrier Electronique: tas@etb.net.co; tosam64@msn.com; tosamay@gmail.com.

Introducción

La actitud de sentir con cuidado debe transformarse en cultura y exige un proceso pedagógico, más allá de la escuela formal, que penetre instituciones y haga surgir un nuevo estado de conciencia y de conexión con la Tierra y con todo lo que existe y vive en ella. (Leonardo Boff).

Al sugerir una reflexión acerca del cuidado esencial como propuesta ética para nuestro tiempo, se tiene en consideración un doble propósito: en primera instancia, mostrar que además de los postulados teóricos sustentados por Carroll Gilligan y Nell Noddings, hay otras propuestas que pueden ser sustentadas en clave de ética del cuidado, entre las cuales se cuenta la de Leonardo Boff, respecto del cuidado esencial; en segundo lugar, señalar que una perspectiva de este talante puede dar cuenta de la complejidad de las circunstancias por las cuales está hoy atravesando nuestra la sociedad colombiana, latinoamericana y mundial y que, en tanto propuesta moral, puede aportar variados e importantes elementos para re-significar nuestra existencia en el mundo.

Las pretensiones descritas, se fundamentarán teóricamente desde la lectura, el análisis y la interpretación de algunos postulados de Boff, respecto del cuidado esencial. En esta perspectiva se pondrá al autor en permanente diálogo con otros pensadores que desde diversos puntos de vista y planteamientos manifiestan una profunda preocupación por las condiciones y posibilidades de vida buena y digna de la humanidad y que sugieren el cuidado como nueva plataforma que permite –por lo menos sugerir– la constitución de una propuesta ética, que sin duda, responde a la realidad imperante en el mundo actual.

Este ejercicio se desarrolla en cuatro momentos: el primero tiene como punto de partida una sucinta

referencia acerca de la realidad moral imperante en nuestra sociedad, toda vez que una propuesta respecto del cuidado esencial, implicaría el reconocimiento de la complejidad de las circunstancias que nos caracterizan, dado que como sostiene Londoño (1997, p. 166), “es imposible hablar de ética (...) a espaldas de la realidad en que se vive”. El segundo contiene una sucinta referencia a diversas concepciones de ética del cuidado¹; para centrar luego la atención –tercero y cuarto– en la propuesta del cuidado esencial fundamentada en el pathos, como nueva plataforma del ethos humano y planetario que sugiere un retorno al principio, al cuidado, que para Higinio, es el elemento antecesor y fundador de la existencia humana.

La apuesta por una ética del cuidado esencial es una apuesta por nosotros mismos, por lo humano de lo humano; ello demanda indagar sobre nosotros mismos, sobre nuestras circunstancias y nuestro entorno. Desde esta perspectiva de autorreferenciación será posible, entonces, una reorientación de los pensamientos y las acciones –tanto a nivel individual como colectivo– hacia la práctica del cuidado, del afecto, de la responsabilidad, del amor, de la ternura, de la compasión... sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre nuestra casa común, la tierra; pues, parece evidenciarse que en nuestro país y en el mundo en general, dadas las condiciones actuales, “ahora las cosas andan de mal en peor”.

1. Punto de partida: el reconocimiento de nuestra realidad social

¿Qué le estará pasando a nuestro país, desde la última vez que yo le canté, mi último bambuco hablo de dolor y ahora las cosas andan de mal en peor? No puede uno callarse teniendo voz, si la moral del mundo va para atrás, ¿qué se hicieron los hombres que hacen el bien? (Eugenio Arellano).

¹ Se hace referencia a “las éticas del cuidado” –en plural–, dado que, desde diferentes puntos de vista y perspectivas (feminista, ecologista, especieísta, universalista, cuidado de sí), diversos autores (Gilligan y Noddings, Boff, Küng, Singer, El Dalai Lama, Lévinas, Foucault, Matrana, etc.), han orientado su reflexión a mostrar la importancia de propuestas de este talante, que plantean una profunda preocupación por el cuidado de la humanidad, de su condición, de sus relaciones, (consigo mismo, con los demás, con lo demás), en últimas, con la vida en todas sus manifestaciones y posibilidades. De las perspectivas mencionadas, en este ejercicio se opta por la propuesta de la ética del cuidado esencial defendida por el teólogo brasileño Leonardo Boff, teniendo en consideración que sus postulados pueden dar buena cuenta de la situación y circunstancias que han cifrado la historia de los pueblos periféricos y excluidos, como el nuestro; en este propósito, se acudirá Boff y se pondrá en diálogo con otros autores que ponen especial acento en el cuidado como plataforma para la construcción de un nuevo ethos.

Remolina (1991) realiza una caracterización de la situación que ha acompañado la historia de nuestro país; en ella describe una multiplicidad de episodios anómalos que revelan un profundo vacío ético imperante en nuestra sociedad y que demanda una mirada crítica respecto del papel de la ética, y de la decisión –tanto individual como colectiva– orientada hacia la construcción de una ética civil –y en éste ámbito– de una ética del cuidado como posible propuesta de fundamentación moral, para nuestro contexto y circunstancias.

A esta panorámica se suman otros tantos acontecimientos que cotidianamente continúan dando cuenta de nuestra situación; así mismo, se dejan oír diversas voces: Ahumada y Otros (2000), quienes desde diferentes ópticas, intentan determinar la “anatomía de un país en crisis”, toda vez que pretenden responder a la pregunta ¿Qué está pasando en Colombia?; Garay (1999), para quien la crisis de nuestro país se manifiesta en: la subordinación de lo público a los intereses privados, la deslegitimación del Estado y la pérdida de la convivencia ciudadana; Gómez Buendía (1999), en la respuesta a la pregunta ¿Para dónde va Colombia?; y, Ospina (1997), quien reconoce la “situación excepcionalmente trágica” que caracteriza a nuestra sociedad y que la reseña del siguiente modo:

Colombia es hoy el país con mayor índice de criminalidad del planeta, y la inseguridad va convirtiendo sus calles en tierra de nadie. Tiene la mitad de su población en condiciones de extrema pobreza, y presenta al mismo tiempo en su clase dirigente unos niveles de opulencia difíciles de exagerar. Muestra uno de los cuadros de ineficiencia estatal más inquietantes del continente, al lado de buenos índices de crecimiento económico. Muestra fuertes niveles impositivos y altísimos niveles de corrupción en la administración. Muestra unas condiciones asombrosas de impunidad y de parálisis de la justicia y al mismo tiempo una elevada inversión en seguridad (...). Muestra las más deplorables condiciones de desamparo para casi todos los ciudadanos, y sin embargo es un país donde no se escuchan las quejas, donde prácticamente no existe

la protesta y la movilización ciudadana: una suerte de dilatado desastre en cine mudo (pp. 47-48).

Los episodios señalados, reflejan la realidad que vive hoy nuestra sociedad. Se podría argumentar que no todo es así, que caracteriza también a nuestra sociedad un plexo de valores: (creatividad, empuje, honestidad, bondad, respeto, tolerancia, intentos y deseos de construir la paz, anhelos de fraternidad, negociaciones, procesos de paz, aspiraciones de poner fin al conflicto armado, toma de conciencia de la problemática, cuidado del medio ambiente...); en fin, toda una suerte de virtudes y bondades que se practican en el ejercicio silencioso de la cotidianidad de cada uno de los miembros de nuestra sociedad. Todo ello es cierto; sin embargo, puede hacerse eco del aforismo aquél que reza “no me inquieta el mal de los malos cuanto la indiferencia de los buenos”; y es que, como puede atestiguiarse cotidianamente, imperan también: la apatía, la indiferencia, la insensibilidad, la insolidaridad, el egoísmo y tantos otros vicios que opacan o ensombrecen las virtudes de la sociedad colombiana.

El cuadro que nos ofrece la Colombia de hoy, intimidada por sí misma, acorralada por sí misma, hundida en un nudo de guerras crueles y estériles, donde todos los que obtienen algún beneficio cierran los ojos y se dicen de nuevo que es sólo por ahora, que ya pasará la tormenta, ese cuadro confuso podría ser descrito por estos versos de W. B. Yeats: Los mejores carecen de toda convicción, En tanto que los peores Están llenos de apasionada intensidad. (Ospina, p. 35).

Este espectro de episodios coincide con la descripción que realiza Boff (2002b, p. 17-20), respecto del estigma característico de la humanidad de nuestro tiempo: -la falta de cuidado que se manifiesta en la pérdida de conexión con todo. Nuestra civilización parece haber perdido el horizonte de cuidado respecto de: la vida inocente; -los pobres, marginados y excluidos; los desempleados, jubilados [y ancianos]; -los sueños de generosidad ahogados por el neoliberalismo, el individualismo y la explotación –que conducen al menosprecio de la tradición de la solidaridad–; -las [infrahumanas] condiciones sociales en

las grandes ciudades, que se evidencian en el desarraigo cultural y la enajenación social; -la dimensión espiritual del ser humano, ahogada en una sociedad cifrada por el espectáculo, el simulacro y el entretenimiento; -la inteligencia emocional, lo imaginario con sus ángeles y demonios [que nos habitan y habitan el mundo]; -los asuntos públicos. El nivel moral tanto en la esfera privada como en la pública, patente en la corrupción y el juego de poderes; -la reverencia ante la vida y su fragilidad; -la protección de nuestra casa [y madre] común, la Tierra.

El conjunto de circunstancias descritas abonan el terreno y propician un espacio para una ética del cuidado esencial, que podría constituirse en una opción ética frente a la construcción de una sociedad más justa, humana e igualitaria, respetuosa de la vida, promotora de la libertad de los individuos, cuidadora de las riquezas que la naturaleza nos ha prodigado. A todo ello apuntan las reflexiones de Boff, en su propuesta del cuidado esencial; que por demás, permiten dar cuenta del panorama complejo de nuestra sociedad.

2. Éticas del cuidado. Opciones para la complejidad de nuestra situación

El amor por los demás y el respeto por sus derechos y su dignidad, al margen de quiénes sean y de qué puedan ser: en definitiva es esto lo que todos necesitamos. Dalai Lama.

Tres serían –al menos– las propuestas éticas que podrían leerse en perspectiva del cuidado, tales son: la sugerida por Gilligan y Noddings; la fundamentada por Foucault; y, la perspectiva de Leonardo Boff. Ellas han pretendido fundamentar la moral, poniendo en relieve una amplia gama de aspectos que han sido descuidados –en buena medida– por la racionalidad occidental: la naturaleza relacional del ser humano, el amor, la compasión, el cuidado, la caridad, la ternura, la piedad, el afecto, los sentimientos..., en contraste con el carácter lógico y calculador de la razón centrada en el logos.

- Podríamos decir –siguiendo a Comins– “que la ética del cuidado es la teoría moral feminista más importante de los últimos años. Desde que Carol Gilligan expusiera sus investigaciones [en cuyo origen] se encuentra la motivación de mejorar la teoría de desarrollo moral de quien fuera su maestro en Har-

vard, Kohlberg” (2003, p. 106). Esta primera perspectiva del cuidado, tiene otro referente obligatorio: Nell Noddings. Ambas autoras han desarrollado una teoría ética desde una óptica feminista, basada en la naturaleza relacional del ser humano y en la valoración del cuidado y el interés como dimensiones humanas fundamentales que trascienden la perspectiva reduccionista de género; en esta propuesta, se potencia el desarrollo de los valores como el amor, la generosidad, el cuidado y la ternura de los seres humanos, por la sencilla razón de que “el cuidado y el interés tienden a estar orientados hacia las personas y las relaciones, más que hacia las estructuras y las reglas” (p. 102).

- La segunda perspectiva del cuidado es la sugerida en la etapa final de la producción teórica de uno de los pensadores más importantes del siglo XX, Michel Foucault, en que se reintroduce de manera explícita, el problema del sujeto, el conjunto de procedimientos y procesos por medio de los cuales el sujeto toma conciencia de su existencia y se constituye a sí mismo, en sujeto moral. Esta “ontología histórica de nosotros mismos”, implica una historia de la subjetividad o de la manera como el sujeto hace experiencia de sí mismo, de la forma como el sujeto –gracias a los procesos de subjetivación– se constituye en sí mismo, a partir de la práctica de la libertad, que en últimas lo constituye sujeto moral.

La experiencia de sí remite a sujetos que dentro de una trama cultural pueden saberse de otro modo, pueden articular, dilucidar los dispositivos que los han “formateado” como sujetos de conocimiento y de acción. Las experiencias de sí originan las técnicas del sí o tecnologías del yo, que son prácticas conscientes y deliberadas por las cuales los sujetos se transforman a sí mismos, en vista de una finalidad. El sujeto de sí, es un sujeto que se interpreta y que da lugar a nuevos juegos y relaciones consigo mismo y con la verdad. La experiencia de sí, supone un trabajo ético, como cuidado de sí que implica el cuidado del otro. Foucault pretende abordar la problemática del sí –la inquietud de sí– desde el cuidado de sí, buscando formulaciones teóricas y prácticas, esto es, ocupándose o preocupándose de sí, problemática esta que ha sido oscurecida en Occidente por la cuestión del conócete a ti mismo (Cf. 1990).

- La tercera orientación hacia la ética del cuidado, por la que se opta en este ejercicio, es la de Leonar-

do Boff: “El ethos que cuida”; perspectiva ética que propende por el cuidado esencial y que implica el cuidado que cada hombre ha de dispensar a sí mismo, a los demás y –en general– a la totalidad que le es inherente, el entorno natural, social y cultural. Si nos remitimos a la tradición filosófica, podemos ver que tal planteamiento no es nuevo. Siguiendo a Foucault (1994, p. 33), es posible descubrir que en la Antigüedad Occidental, bajo los conceptos de epiméleia/cura sui –cuidado de sí– se han dado cita el sujeto y la verdad: “esta cuestión del sujeto y del conocimiento del sujeto, ha sido planteada, hasta la actualidad, de otra forma, bajo la fórmula del Oráculo de Delfos: conócete a ti mismo. Pero en realidad, esta fórmula de conócete a ti mismo va acompañada siempre, por otra parte, de otra exigencia: ocúpate de ti mismo [cuida de ti]”. Boff lo señala en estos términos:

El ethos que ama se completa con el ethos que cuida. El cuidado constituye la categoría central del nuevo paradigma de la civilización que trata de emerger en todo el mundo. La falta de cuidado en el trato dado a la naturaleza y a los recursos escasos; la ausencia de cuidado en referencia al poder de la tecnociencia que construyó armas de destrucción en masa, de devastación de la biosfera y de la propia supervivencia de la especie humana, nos están llevando a un impase sin precedentes. O cuidamos o perecemos (2003, p. 1).

El imperativo referido, “conócete a ti mismo”, implica una exhortación al cuidado de sí, de cara a la consecución de una vida buena, virtuosa y feliz –en suma– de una vida ética; sin embargo, esta tradición del cuidado de sí, cedió terreno en consideración al conocimiento de sí, que irá a determinar el rumbo de la reflexión filosófica en Occidente; al respecto Boff (2001, p. 71), sostiene:

casi todos los sistemas éticos, al menos en Occidente, pagan un elevado tributo al logocentrismo. En los cimientos de nuestra cultura se encuentran el logos griego y el cogito cartesiano. La evolución del pensamiento filosófico y el

propio proceso histórico han venido a poner de manifiesto cada vez más cómo la razón ni lo explica ni lo abarca todo.

¿No será pues, necesaria la propuesta de una filosofía holística, ecológica y espiritual, una nueva perspectiva del cuidado esencial, omniabarcante, que incluya tanto: pathos y ethos, logos y emotio, cogito y sentio, lo racional y lo animal... , en últimas, todo lo constitutivamente humano?; dado que como señala Boff (2002b, p. 24), “tras siglos de cultura material, buscamos hoy ansiosamente una espiritualidad sencilla y sólida, basada en la percepción del misterio del universo y del ser humano, en la ética de la responsabilidad, de la solidaridad y de la compasión, basada en el cuidado, en el valor intrínseco de cada cosa”. Una perspectiva de tal talante, además de permitirnos re-significar el mundo se ordenaría hacia “una nueva convivencia entre los seres humanos y los demás seres de la comunidad biótica, planetaria y cósmica; que propicie nuevamente la fascinación ante la majestuosidad del universo y la complejidad de las relaciones que sustentan a todos y cada uno de los seres” (Boff, 2002a, p. 26-27).

Un ethos de ese talante podría, por ejemplo, propiciar el acercamiento y el diálogo entre todas las partes en conflicto en nuestro país; posibilitaría el reconocimiento de la dignidad de las personas sin distinción de raza, género, etnia, condición social, credo, ideología... ; incentivaría al cuidado esencial por la variedad de recursos (fauna, flora, relieve...); el reconocimiento y la valoración de la riqueza cultural (ritos, mitos, costumbres, tradiciones ancestrales); permitiría construir el anhelado país que soñamos, no sólo “al alcance de los niños” sino de todos, en que cada uno pueda dejar su huella y escribir su propia historia; abogaría por el reconocimiento del otro como otro igual en la convivencia, en el afecto. En este sentido, podríamos –concordando con Maturana– afirmar que esta nueva ética posibilitaría la vivencia de una biología del amor, dado que “el amor es el dominio de las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en convivencia con uno. Uno se encuentra con otro y, o se encuentra en las acciones que lo constituyen como un legítimo otro en la convivencia, o no” (2002, p. 46-47).

3. Una nueva ética, a partir de una nueva óptica. El cuidado esencial

El nuevo paradigma que está naciendo, es el de la religación... Las convergencias que haya que construir, han de tener que ver con la restauración de lo sagrado que hay en todas las cosas, la recuperación de la dignidad de la Tierra, el redescubrimiento de la misión del ser humano, hombre y mujer, llamado a la celebración del misterio del cosmos (Leonardo Boff).

Tomemos como punto de partida de este momento, la fábula-mito de Higinius, que recoge Heidegger (1971, pp. 218-219) y que retomará Boff en su propuesta.

Una vez llegó Cura a un río y vio terrones de arcilla. Cavilando, cogió un trozo y empezó a modelarlo. Mientras piensa para sí qué había hecho, se acerca Júpiter. Cura le pide que infunda espíritu al modelado trozo de arcilla. Júpiter se lo concede con gusto. Pero al querer Cura poner su nombre a su obra, Júpiter se lo prohibió, diciendo que debía dársele el suyo. Mientras Cura y Júpiter litigaban sobre el nombre, se levantó la Tierra (Tellus) y pidió que se le pusiera a la obra su nombre, puesto que ella era quien había dado para la misma un trozo de su cuerpo. Los litigantes escogieron por juez a Saturno. Y Saturno les dio la siguiente sentencia evidentemente justa: “Tú, Júpiter, por haber puesto el espíritu, lo recibirá a su muerte; Tú, Tierra, por haber ofrecido el cuerpo, recibidas el cuerpo. Pero por haber sido Cura quien primero dio forma a ese ser, que mientras viva lo posea Cura. Y en cuanto al litigio sobre el nombre, que se llame “homo”, puesto que está hecho de humus (tierra).

Podemos afirmar siguiendo la fábula, que el cuidado antecede, prefigura a la existencia humana (el cuidado moldea, da origen y existencia al ser humano) y, después, cuando ella (la existencia) emerge, la acompaña hasta que deje de ser existencia –al menos, esa es la condición, o el ideal de la condición humana–. “No tenemos cuidado. Somos cuidado”, sostiene Boff. El cuidado es un ethos, un modo de ser en el mundo. Pensemos por ejemplo, en el cuidado que habría de anteceder a la concepción de un bebé; en el cuidado que se ejerce durante su gestación; en el cuidado antes, durante y después del nacimiento; en los primeros años y, luego, en general a lo largo de toda la existencia, incluso hasta más allá de la muerte. En esto coincidimos con Maturana, a propósito del cuidado y del amor:

los seres humanos dependemos del amor y nos enfermamos cuando éste nos es negado en cualquier momento de la vida. No hay duda de que la agresión, el odio, la confrontación y la competencia [pertenecen también] al ámbito humano, pero no pueden haber dado origen a lo humano porque son emociones que separan, no dejan espacio de coexistencia (2002, p. 143).

Un ethos del cuidado, es un ethos que va más allá del desinterés, de la indiferencia, del individualismo, del materialismo, de la razón instrumental calculadora, del relativismo, del egocentrismo, del especieísmo², del logocentrismo, del imperialismo, de las multi y trans-nacionales formas de enajenar al ser humano y volverlo esclavo de sus placeres y deseos; es un ethos que borra todas las fronteras que la humanidad ha puesto para separarse de sí mismo, de los demás y de lo demás.

Un ethos de este talante es vital hoy para la humanidad: un ethos del cuidado esencial holístico –como coincidimos en entenderlo con Boff–; y, como un modo-de-ser-esencial-humano, según la concepción heideggeriana: “en cuanto totalidad estructural original, la cura [el cuidado] es existencialmente a priori de toda “posición” y “conducta” fáctica del “ser

2 Término acuñado por el psicólogo de Oxford Richard Ryder en 1970, popularizado en *Liberación Animal*, utilizado para trazar un paralelismo entre nuestras actitudes con respecto a los animales no humanos y las de los racistas respecto de los individuos que consideran pertenecientes a una raza inferior. El movimiento de liberación de los animales, exige una ética que vaya más allá del especieísmo y se dé consideración a los intereses de todos los seres que pueden sentir placer o dolor, independientemente de la especie. (Cf. Singer, 2000, p. 104).

ahí”, es decir, se halla siempre ya en ella” (Heidegger, 1971, p. 214).

4. El pathos y el cuidado: nueva plataforma del ethos humano y planetario

¿Por quién doblan las campanas? Doblan por el sistema mundial, hoy arrogantemente victorioso, pero enfermo de muerte. Estamos ya en el fin de un tipo de mundo. La humanidad que sobreviva tendrá una nueva ética. (Leonardo Boff).

La propuesta del cuidado esencial, parte del reconocimiento de los principales problemas que aquejan hoy a la humanidad y que demandan con urgencia la constitución de un talante ético global sustentado en el cuidado. Los problemas a que Boff (2001) se refiere son: la crisis social, la crisis del sistema de trabajo y la crisis ecológica; crisis estas de dimensiones planetarias que exigen, por la misma razón, soluciones planetarias:

- crisis social deja ver la acumulación de riqueza en pocas manos, incrementando paulatinamente la brecha existente entre ricos y pobres, acumulación que es injusta porque es inequitativa y que va segmentando paulatinamente la población entre las clases privilegiadas pertenecientes a los países desarrollados y, las clases carentes de lo mínimo elemental para su sobrevivencia.

La causa principal de la crisis social está vinculada al modo en que la sociedades modernas se organizan en cuanto al acceso, la producción y la distribución de los bienes naturales y culturales. Este modo es profundamente desigual, porque privilegia las minorías que detentan el tener, el poder y el saber frente a las grandes mayorías que viven del trabajo; en nombre de tales títulos se apropia de manera privada de los bienes producidos por el esfuerzo de todos. Los [nuevos] vínculos de solidaridad y de cooperación no son axiales, sino que el eje lo constituyen la actividad individual y la competi-

vidad, creadoras permanentes de la segregación social de millones y millones de marginados, de excluidos y de víctimas (Boff, 2001, p. 15).

- La crisis del sistema de trabajo emergente de la mecanización y automatización; las nuevas formas de producción han prescindido del trabajo humano, han suprimido puestos de trabajo creando un inmenso ejército de desempleados y excluidos en todas las sociedades del mundo.
- La crisis ecológica se ha agudizado en las últimas décadas debido al principio de autodestrucción; “la actividad humana, irresponsable ante la máquina de la muerte que ha creado”, ha ocasionado daños irreversibles en el planeta y ha puesto en gran peligro las condiciones de la vida [en todas sus manifestaciones] y con ella la existencia de los seres humanos. “Este principio de autodestrucción invoca urgentemente otro, el principio de corresponsabilidad que deriva e nuestra existencia [coexistencia], como especie y como Planeta” (p. 14-15).

Las condiciones de la crisis social y de la crisis del sistema de trabajo parecen conducir a la crisis ecológica, debido al cambio en las relaciones del ser humano con el entorno, fundamentalmente a causa de la depredación casi irracional a la que se ha sometido a la naturaleza.

La raíz de la alarma ecológica reside en el tipo de relación que los humanos han mantenido, en los últimos siglos, con la Tierra y con sus recursos: una relación de dominio, de no reconocimiento de su alteridad y de la falta del cuidado necesario y del respeto imprescindible que exige toda alteridad. [Esta relación de dominio] existía subyacente la voluntad de poder y de estar sobre la naturaleza y no junto a ella, y porque se ha destruido la conciencia de una gran comunidad biótica, terrenal y cósmica en la que se encuentra inserto el ser humano junto con los demás seres (Boff, 2001, p. 16).

El curso de la historia, con una multiplicidad de indi-

cadore (la crisis social, la crisis del sistema de trabajo y la crisis ecológica, las innumerables guerras, el individualismo característico de la sociedad moderna, la hegemonía de la razón instrumental, la pérdida de la libertad)³, es manifestación patente, según sostiene Boff, de que nos hallamos en el corazón de una crisis estructural y terminal. “Es estructural porque afecta a todas las instancias (...). Es terminal porque representa el agotamiento del paradigma, es decir, de las energías, de los sueños y de las estrategias capaces de equilibrar las contradicciones del propio sistema” (2000, p. 3); y con ello, el futuro tanto de la humanidad como de la vida en su integridad, sobre el planeta.

Como ya se ha dicho, estos problemas –junto a los que van surgiendo en y con el curso de la historia– son globales; demandan por consiguiente, una revolución global, un fundamento ético, una ética de mínimos a partir de la cual se abrirían posibilidades de solución para el planeta, la humanidad y los excluidos. Esta ética mínima exige –según Boff– establecer un nuevo pacto ético, un nuevo ethos, que tenga como punto de partida el cuidado:

no tanto en la razón ilustrada, cuanto en el pathos, es decir, en la sensibilidad humanitaria y en la inteligencia emocional expresadas por el cuidado, la responsabilidad social y ecológica, por la solidaridad generacional y por la compasión, actitudes estas capaces de conmover a las personas y de moverlas a una nueva práctica histórico-social liberadora. Urge una revolución ética mundial. Esta revolución ética mundial, debe concretarse dentro de la nueva situación en que se encuentran la Tierra y la humanidad. El proceso de globalización que configura una nueva pla-

taforma de realización de la historia, de la humanidad y del propio planeta. (2001, p. 17-18).

El mundo de hoy y las circunstancias que lo acompañan, demanda entonces, una revolución ética, una nueva ética del cuidado esencial; un nuevo ethos mundial fundamentado en el pathos, dado que al decir de Ladriere, citado por Boff, la historia misma ha mostrado que la razón “no es ni lo primero ni lo último de la existencia humana”. Poner los cimientos de esta propuesta, señala Boff, implicaría tener como plataforma una pregunta elemental: ¿Cuál es la experiencia básica de la vida humana? “La experiencia irreductible y última de la relación (...) está en otra parte: no en la síntesis sino en el cara-a-cara de los humanos, en la socialidad, en su significación moral”, responde Levinas (1991, p. 71); y, desde su perspectiva Boff afirma:

es el sentimiento, el afecto, el cuidado. No es el logos sino el pathos. Sentio ergo sum (siento luego existo): esta es la afirmación fundamental. El pathos es la capacidad de sentir, de ser afectado y afectar; pues, la existencia de los seres humanos no es nunca existencia pura; es una coexistencia, [es existencia en (terrena) y con (otros)], sentida y afectada [por las relaciones con todo lo que le rodea], por la ocupación y por la preocupación, por el cuidado y por la responsabilidad por los demás en el mundo, afectada por la alegría o por la tristeza, por la esperanza o por la angustia. (2001, p. 71-72).

No se trata –tanto en la propuesta de Boff como en la reflexión que aquí se propone– de subyugar la razón al sentimiento, el logos al pathos, cuanto de empa-

3 Frente a estas últimas tres categorías recordemos la reflexión de Charles Taylor, quien analiza las “formas de malestar de la cultura moderna”, aquellos rasgos de nuestra cultura y de nuestra sociedad contemporánea que la gente experimenta como pérdida o declive, aún a medida que se desarrolla nuestra civilización. Ellas son: -la pérdida de sentido, la disolución de los horizontes morales; -el eclipse de los fines, frente a la razón instrumental desenfrenada; -y la pérdida de la libertad. El análisis del malestar de la modernidad se realiza con el fin de recuperar las fuentes olvidadas de lo moral, fuentes que la filosofía moderna no ha comprendido adecuadamente y cuya omisión no sólo deja desbordada esta filosofía sino también a la sociedad moderna misma. La filosofía moral y política de la modernidad nos han alejado de nuestra estofa moral real, de nuestras prácticas de argumentación en la vida cotidiana y de los marcos de valores en los que construimos nuestra identidad; por todo ello, hemos dado en quedar ciegos, incapaces de explicarnos quiénes somos y de resolver los problemas que tenemos. (Cf. Taylor, 1994).

rentarlos y ponerlos en diálogo, en un proyecto envolvente, fundamental y necesario que favorezca a la humanidad y a la tierra. “Cabeza y corazón, afirma Boff, tienen que redescubrir que son dimensiones de un mismo cuerpo, las dos caras de una misma moneda. De esta combinación nacerá el cuidado” (p. 72-73); que pertenece a la condición y a la esencia del ser humano, que como forma de relación, de enterrecimiento y de preocupación, permitiría reconocer lo valioso y bello de sí, de los demás y del mundo.

La razón está abierta hacia abajo y hacia arriba. Hacia abajo emerge de algo más antiguo, profundo y elemental, la afectividad, el cuidado esencial y el pathos. Hacia arriba se abre a la experiencia espi-ritual, que consiste en el descubrimiento del yo abierto a la totalidad y el descubrimiento de la totalidad presente en el yo; dicho con otras palabras, la interconectividad de todo con todo. Además de esto, también existen lo arracional y lo irracional, que manifiestan la presencia del caos junto al cosmos, del des-orden que acompaña al orden. Lo demens siempre va junto a lo sapiens, lo dia-bólico se empareja con lo sim-bólico. Hay un amplio consenso a la hora de admitir que la inteligencia es emocional, pues ella es la que da cuenta de esa dialéctica viva de la realidad y el pensamiento (p. 71-72).

Siguiendo este hilo conductor, podemos traer a colación las reflexiones de Hans Küng, quien sostiene que uno de los retos fundamentales del presente es la necesidad de construcción de unos mínimos comunes, una ética básica para el conjunto de la humanidad, dado que su sobrevivencia no será posible mientras sigan existiendo éticas diversas opuestas o antagónicas; pues, un mundo único necesita un talante ético fundamental, no excluyente sino vinculante, una clase de valores, normas, ideales y fines obligatorios y obligantes. A juicio de Küng, “Occidente se encuentra ante un vacío de sentido, de valores y normas, que no sólo afecta los individuos sino que constituye un problema político, económico, ecológico, social, moral (...), de enorme magnitud” (1991, p. 25), porque afecta a todas las sociedades, las di-

versas culturas y al mundo en general.

Una ética para el conjunto de la humanidad no riñe en modo alguno con la pretensión de dar cuenta de nuestra propia realidad, por cuanto las condiciones que acompañan los contextos particulares pueden ser, de igual manera, percibidas en los contextos globales. Desde esta perspectiva, es posible decir coincidiendo con Morin (1999, p. 27) que es necesario “el surgimiento de un pensamiento “ecologizante” en el sentido de que sitúa todo acontecimiento (...) en una relación inseparable con el medio –cultural, social, económico, político y, por supuesto, natural– (...). Un pensamiento que vincule se abre hacia el contexto de los contextos, el contexto planetario”.

La panorámica que se ha descrito y que caracteriza actualmente a la humanidad, demanda una reflexión profunda que tenga en cuenta los nuevos valores que van emergiendo con los diversos cambios en los paradigmas; a juicio de Küng (1991): “sin duda, necesitamos ese equilibrio entre las tendencias racionales del hombre y emocionales, es decir, una visión de totalidad (“holística”) del mundo y del hombre en sus diversas dimensiones [y relaciones]” (p. 37). Se demanda, pues, una reflexión basada en el cuidado, respecto del comportamiento moral del hombre, sobre el conjunto de valores y normas que han de regir nuestros proyectos y acciones; por cuanto “junto con la dimensión económica, social y política, existe también una dimensión ética, estética, [espiritual] y religiosa del hombre y de la humanidad” (p.37).

Una visión holística de la historia, del hombre y del mundo abre espacios para el discernimiento entre lo que es conveniente o inconveniente para sí, para los demás y para el mundo; permite establecer consensos fundamentales en los que no hayan excluidos, en cuya base esté un mínimo en valores, normas y actitudes que procuran el reconocimiento de sí mismos, de los demás y el mundo como valiosos; se orienta hacia la construcción de unos vínculos libres fundados en lazos de solidaridad, fraternidad y tolerancia; propende por la asunción de una ética del cuidado, de la responsabilidad universal o planetaria, que en diálogo permanente y abierto con las éticas del éxito o de las intenciones particulares, con las éticas fundamentadas en la justicia, en las leyes o en el derecho, se ordenen todas ellas, hacia la constitución de una humanidad más humana y a la conservación

de un ecosistema en equilibrio para las generaciones venideras.

Una ética del cuidado que exija actuar desde una responsabilidad global en favor de la biosfera, en contra de la pauperización de la naturaleza y de las condiciones de vida; una ética de la responsabilidad que implique “la automoderación del hombre y de sus libertades actuales en aras de su supervivencia futura. Se exige, pues, una nueva ética preocupada por el futuro y respetuosa de la naturaleza” (Küng, 1991, p. 48-49). Una ética que implique la responsabilidad con el ámbito común, con el medio ambiente y con el mundo futuro; que tenga como objetivo y criterio fundamental al hombre, un hombre que explote su potencial y reoriente su acción en favor de: una sociedad más humana e igualitaria; un ecosistema sostenido y equilibrado; y, la responsabilidad consigo mismo, con los demás y con el mundo.

En esta misma clave se pueden interpretar las reflexiones que desde Oriente nos lega el Dalai Lama (2000, pp. 169-171), que poniendo el énfasis en la ética de la responsabilidad universal, implica el rescate del cuidado de modo particular hacia los más necesitados:

Estoy convencido de que es esencial que cultivemos la noción que yo denomino responsabilidad universal..., que nos ayuda a ser más sensibles con todos los demás, no sólo con quienes nos resultan más cercanos. Así llegamos a comprender la necesidad de cuidar en especial de aquellos miembros de la familia humana que más padecimiento sufren.

Para el ejercicio de la ética del cuidado y de la responsabilidad universal es fundamental el cultivo de algunas virtudes como la contención, crucial para el mantenimiento de una coexistencia pacífica, cuya

ausencia ha sido el origen de no pocos daños sufridos por el entorno natural y por tanto perjudicial para los demás. “Como individuos y como sociedad compuesta por individuos, tenemos el deber de cuidar de cada uno de los miembros de nuestra sociedad (...), igual que nosotros, todos los demás tienen derecho a la felicidad y a evitar el sufrimiento” (p. 177). Una ética del cuidado y de la compasión pone el cimiento necesario y la motivación requerida para obrar con contención y para el cultivo de la virtud, elementos fundamentales para la construcción de una comunidad humana cuidadora, preocupada por la vida en todas sus manifestaciones.

Para el contexto (latinoamericano y colombiano) signado —según se ha mostrado— por la marginalidad, la exclusión, la opresión, la pobreza, el deterioro de la democracia, la explotación de la biodiversidad, el subdesarrollo, la dependencia..., la propuesta de la alteridad⁴, puede ser concebida e interpretada en clave de ética del cuidado, cuya apuesta por el altruismo implica algunas preocupaciones (ocupaciones previas) como son el reconocimiento y la valoración del otro y de lo otro. El rescate de la alteridad, podría constituirse en una opción fundamental para el cuidado, la valoración, la exaltación de la vida, lo cual necesariamente implica el cuidado de sí mismo, del prójimo y del entorno natural, cultural y social. Según Boff, el cuidado esencial es “desvelo, solicitud, diligencia, celo, atención, delicadeza (...) estamos ante una actitud fundamental, un “modo-de-ser” mediante el cual la persona sale de sí y se centra en el otro con desvelo y solicitud” (2002b, p. 73). El cuidado es pues, alteridad, porque provoca preocupación, inquietud y sentido de responsabilidad, por todo lo que se nos ha confiado; además, es el fundamento de las relaciones que se establecen con las personas y las cosas.

Ya ha quedado manifiesto que un elemento capital para la propuesta ética del cuidado esencial, es el reconocimiento de la vida como valor fundamental y

4 Alteridad se refiere a la capacidad ética de reconocer al otro [género humano] como un legítimo otro, no como instrumento o herramienta, sino como otro en el terreno básico que nos es común -por lo menos de derechos y dignidad-; “todos tenemos una estructura física, una mente, emociones. Todos hemos nacido del mismo modo y todos moriremos. Todos deseamos alcanzar la felicidad y no sufrir. Al mirar a los demás desde esa perspectiva... experimento la sensación de hallarme ante alguien que es exactamente igual que yo” (Dalai Lama, 1999, p. 87). El interrogante fundamental es ¿Quién es ese Otro? Sólo se podrá responder a esta pregunta cuando estemos dispuestos a abrirnos generosa y desinteresadamente a los demás; alteridad pues, significa apertura al otro.

como opción de nuestro modo de ser moral que ineludiblemente determina las actitudes y compromisos; pero este valor puede y debe concretarse en el rescate de la alteridad como el espacio que permite la ruptura con las condiciones de infrahumanidad de los pueblos periféricos. La ética del cuidado implica, entonces, la alteridad, es decir, hacernos responsables del otro; al respecto Levinas llama la atención:

desde el momento en que el otro me mira, yo soy responsable de él sin ni siquiera tener que tomar responsabilidades en relación con él; su responsabilidad me incumbe. Es una responsabilidad que va más allá de lo que yo hago. Habitualmente, uno es responsable de lo que uno mismo hace. La responsabilidad es inicialmente un para el otro. Esto quiere decir que soy responsable de su misma responsabilidad. (1991, p. 90).

Nuestra responsabilidad por el otro, el cuidado del otro, su reconocimiento, su valoración..., presume la ruptura con la mismidad, con lo rutinario; implica captar y aceptar la existencia del otro (los demás) aún como diferente, opuesto, incluso, contrario a nosotros mismos.

Supone aceptar que existen diversos mundos como totalidades de sentido, que yo (mi pueblo, mi clase, mi partido, mi iglesia) no poseo la verdad absoluta ni la raíz del derecho... Alteridad como opción significa decidirnos a buscar lo otro, lo nuevo, lo diferente; a imaginar nuevas posibilidades, nuevas alternativas, a romper el horizonte de lo ya experimentado; a destruir el hábito de la repetición. Nosotros, los colombianos, los latinoamericanos podemos cambiar la situación de nuestros pueblos y abrirles un nuevo horizonte de posibilidades, una nueva vida. (González, 1986, p. 219-220).

Esta opción por el cuidado implica el reconocimiento desprejuiciado del otro y de sus condiciones, el encuentro abierto y generoso con las diferentes formas de pensar y de ser en el mundo de los habitantes (iguales o diferentes) de nuestro país, de nuestro continente y del planeta; pero también implicará la reverencia por cada una de las criaturas, reconocidas valiosas (por su bondad, su armonía y su belleza). Y todo ello quizá sea posible cuando tengamos como fundamento el respeto a la diferencia, la admiración y veneración por la naturaleza que en últimas ha sido confiada a nuestro cuidado –y de la que somos parte– pues, como sostiene Sagan (1997), “estamos hechos de lo mismo”.

El cuidado es, señala González (1986), apertura “al otro”, que se concreta en la fraternización, proceso que exige el reconocimiento del otro como valioso en sí mismo, para que sea sí mismo, gracias a la práctica del amor como búsqueda, también desinteresada y generosa de la realización del otro. En la base de esta fraternización se hallan el afecto y el amor, son sus generadores, porque parten

de la conciencia de que todos somos iguales por origen y hermanos por destino, que tenemos unos mismos derechos, una misma dignidad y una vocación común... Esta fraternización se traduce a nivel de pueblos en universalismo. Todos los pueblos tienen la misma dignidad, los mismos derechos y una vocación común: la realización de la humanidad” (p. 221-222).

En este contexto, conviene traer a la memoria las palabras de Morin y recordar que

“por nacimiento formamos parte de la aventura biológica; por la muerte, participamos de la tragedia cósmica. El ser más rutinario, el destino más banal, participan de esta tragedia y de esta aventura” (2001, p. 38).

La perspectiva de una ética fundada en el pathos, podría traducirse en: reconocimiento de la pluralidad de las culturas; respeto y tolerancia de las diversas manifestaciones artísticas, culturales, e ideológicas de cada comunidad humana; cuidado de sí mismo, del otro (los demás) y de lo otro (el mundo); posibilidad de propiciar y tender lazos de fraternidad frente a las condiciones de segregación y división de los seres humanos; ampliación de opciones de integración regional con vínculos comunes y con el propósito firme de lograr la autonomía de los pueblos y de los individuos.

No se trata de pensar y hablar sobre el cuidado como objeto independiente de nosotros. Sino pensar y hablar a partir del cuidado tal como se vive y se estructura en nosotros mismos. No tenemos cuidado. Somos cuidado (...). Es un “modo-de-ser” característico del hombre y de la mujer. Sin cuidado, dejamos de ser humanos (Boff, 2002b, p. 71).

En lo planteado hasta aquí parece permanecer latente una cuestión capital de orden práctico: ¿Cómo –en últimas– construir esa nueva ética fundamentada en el cuidado esencial? Diversos intentos de respuesta han emergido de múltiples escenarios de pensamiento, uno de ellos, el Congreso La educación desde las éticas del cuidado y la compasión, en el que se planteó que el cuidado podría ser una herramienta poderosa en educación, de cara a la convivencia, la participación, el reconocimiento de la pluralidad, a través de la pedagogía del cuidado. “La pedagogía del cuidado se ocupa de la atención cuidadosa del otro para crear y mantener relaciones humanas para todos. Esta ética insiste en el conocimiento de lo particular y específico de las personas [y de la realidad], para que, desde sus necesidades y contextos propios, se mejoren las relaciones y se puedan trascender” (Mesa, 2005, p. 15). En suma, un ethos, basado en el cuidado, en la fraternidad, en el amor, en la caridad, en la compasión. ..., podría ser un puente que hermana los individuos y los pueblos, más allá de los contextos, credos, ideologías, condición, raza, color de

piel, etc., de cara a la ejecución del proyecto común: la realización de la humanidad y su convivencia fraterna sobre la tierra.

Conclusiones

Asistimos en la actualidad a una época de profundos cambios, incertidumbres y paradojas; mientras crecen la producción y la economía en el mundo que beneficia a un reducido porcentaje de personas, escasean los bienes y alimentos para una vasta franja de población que carece de lo mínimo elemental para la satisfacción de sus necesidades prioritarias. Abundan los ejemplos para señalar los extremos a los que hemos llegado; pareciera ser que estamos frente a un callejón sin salida, o a un camino sin retorno. Ello necesariamente tiene que ver con la dimensión ética, porque implica nuestra libertad, voluntad y conciencia, nuestras acciones u omisiones, nuestras relaciones humanas y naturales, nuestras opciones fundamentales que de forma ineludible tienen que ver con los demás y con lo demás, dada nuestra condición terrena y humana, pero también histórica y trascendente.

Junto a la de Boff, una multiplicidad de voces ha hecho coro para denunciar y clamar, ¡paramos o nos destruimos! Cuidamos lo que somos, lo que tenemos, lo que aún conservamos o perecemos. Es preciso poner el acento en el afecto, en el cuidado, en la compasión, en la caridad, sin que por ello tengamos que renunciar a las luces de la razón; pues, al fin de cuentas tanto logos como pathos, se conjugan para constituir humana a la humanidad. Quizá sea tiempo de que volvamos sobre nosotros mismos, de que –parodiando a Sócrates, San Agustín, a Pedro Abelardo, Foucault, el Dalai Lama, Boff y tantos otros– volquemos la mirada hacia nosotros mismos, hacia la humanidad y hacia la naturaleza, para re-descubrir y des-ocultar la dimensión del cuidado que por tanto tiempo parece haber estado extraviada, oculta, olvidada. Tal vez el ejercicio de volver sobre nosotros mismos, nos conduzca al dato originario, “el pathos, el sentimiento, la capacidad de simpatía y empatía, la dedicación, el cuidado y la comunicación” con todo aquello que –de múltiples formas y por muchas razones– se nos ha mostrado distante, diferente e indiferente.

La apuesta por el cuidado esencial, como se ha dicho, es una apuesta por el respeto y valoración de la vida en su diversidad de manifestaciones; por la alteridad, por el reconocimiento y aceptación del otro próximo o distante, semejante o diferente; por el restablecimiento de las relaciones de armonía y equilibrio con la casa común de la humanidad, de cara a la responsabilidad que dada nuestra condición hemos de asumir hacia las generaciones futuras. Lo que se ha dicho, permite sostener, que el cuidado es un elemento constitutivo del ser humano; la fábula romana referida por Heidegger abre opciones para interpretar el cuidado como antecesor de la humanidad, como su eterno acompañante. El cuidado es tan esencial que, “es anterior al espíritu infundido por Júpiter y al cuerpo proporcionado por la Tierra (...). El cuidado fue el primero, el que modeló al ser humano. El cuidado se encuentra antes, es un a priori ontológico, está en el origen de la existencia del ser humano” (Boff, 2001, p. 83).

Podemos decir, también, que más allá del cuidado que tenemos y prodigamos a las personas y a las cosas que amamos, valoramos y conocemos, hemos sido objetos y sujetos de cuidado; que gracias al cuidado logramos la existencia y permanecemos en ella; también por el cuidado muchos seres humanos y no

humanos permanecen aferrados a nosotros y nosotros a ellos. Por el cuidado que somos y tenemos nos llenamos de motivos y razones –parodiando títulos de Martín Descalzo–, para la esperanza, para la felicidad y aún para vivir.

Por cuanto la ética del cuidado esencial remite a: la vivencia del amor como fenómeno biológico; la práctica de la regla de oro, justa medida –común a la humanidad–; la práctica de la ternura vital en nuestra co-existencia y con-vivencia con los demás, lo demás y en el mundo; la caricia esencial como signo superlativo del cuidado; la amabilidad esencial que permite nuestro descenso al humus y la identificación con la tierra de la que hemos recibido la vida; la convivencialidad necesaria para el mantenimiento del equilibrio social-natural; la compasión, virtud por la que nos re-ligamos a los seres humanos (sentimos con-ellos-pasión: sufrimos, nos alegramos, padecemos, nos realizamos) y nos re-ligamos con el mundo haciéndonos responsables de él. Por todo lo dicho, podemos colegir que una propuesta de este talante, puede dar cuenta de nuestra realidad social y servir de fundamento para el consenso de unos mínimos, que nos permitan convivir armónicamente con nosotros mismos, con los demás y con la naturaleza.

Referencias

Ahumada, C., Caballero, A., Castillo, C., Guhl, E., Molano, A., y Posada, E. (2000). *¿Qué está pasando en Colombia?* Bogotá: El Áncora Editores.

Arellano, E. (2000) *Hay que sacar el diablo*. En: las 100 mejores canciones del siglo en Colombia [CD]. Bogotá: Universal Music.

Boff, L. (2000, diciembre). *Ética del nuevo milenio: Cuidado esencial y justa medida*. Revista Nueva Tierra. No. 45. [Versión Electrónica]. Recuperado el 20

de marzo de 2008, de: <http://www.nuevatierra.org.ar/eticadelnuevomilenio.htm>

Boff, L. (2001). *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Madrid: Trotta.

Boff, L. (2002a). *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*. 3a. Ed. Madrid: Trotta.

Boff, L. (2002b) *El cuidado esencial. Ética de lo humano. Compasión por la tierra*. Madrid: Trotta.

Boff, L. (2003, julio 26). El ethos que cuida. Columna semanal. [Versión Electrónica]. Recuperado el 3 de marzo de 2008, de: <http://www.servicioscoinoia.org/boff>

Boff, L. (2005) La contradicción capitalismo/ecología. [Versión Electrónica]. Recuperado el 15 de marzo de 2008, de: <http://latinoamericana.org/2005/textos/castellano/Boff.htm>

Comins, I. (2003, septiembre-diciembre). Del Miedo a la Diversidad a la Ética del Cuidado: Una Perspectiva de Género. *Convergencia* N° 33. UAEM, México Universitat Jaume I. BANCAIXA. Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz. [Versión Electrónica]. Recuperado el 10 de marzo de 2008, de: http://convergencia.uaemex.mx/rev33/33pdf/4_irene_comins.pdf

Dalai Lama. (1999). El arte de la felicidad. Barcelona: Grijalbo Mondadori.

Dalai Lama. (2000). El arte de vivir en el nuevo milenio. Barcelona: Grijalbo.

Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós Ibérica

Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Ediciones la Piqueta.

Garay, L. (2002). *Repensar a Colombia. Hacia un nuevo contrato social*. Bogotá: Tercer Mundo.

González, J. L. (1986) *Ética Latinoamericana*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Gómez-Buendía, H. (2003). *El conflicto, callejón con salida: informe nacional de desarrollo humano para Colombia 2003*. Bogotá: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. PNUD

Heidegger, M. (1971). *El ser y el tiempo*. (2a. Ed.) México: Fondo de Cultura Económica.

Londoño, S. (1997). "La formación ética del psicólogo". En: Asociación Colombiana de Facultades de Psicología-ASCOFAPSI. *Ética en la formación y prácticas del psicólogo en Colombia*. Santafé de Bogotá. Editorial Codice.

Küng, H. (1990). *Proyecto de una ética mundial*. Valladolid: Trotta.

Küng, H., y Kuschel, K-J. (1994). *Hacia una ética mundial. Declaración del Parlamento de las Grandes Religiones del Mundo*. Madrid: Trotta.

Lévinas, E. (1991). *Ética e infinito*. Madrid: La balsa de la Medusa.

Maturana, H. (2002). *El sentido de lo humano*. Santiago: Dolmen Editorial.

Mesa, J. A., et al. (2005). *La educación desde las éticas del cuidado y la compasión*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Morin, E. (1999). *La cabeza bien puesta*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Ospina, W. (1997) *¿Dónde está la Franja Amarilla?* Santafé de Bogotá: Norma.

Remolina, G. (1991). *El vacío ético en la sociedad colombiana*. En: *Colombia una casa para todos*. Bogotá: Antropos.

Sagan, C. (1997). *El mundo y sus demonios*. Bogotá: Planeta.

Singer, P. (2000). *Una vida ética. Escritos*. Madrid: Taurus.

Taylor, Ch. (1994) *Ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.